

Experiencia de una Religiosa

inserta en el mundo indígena

Hna. Flordelina Icaza Grimaldo, FMI

Resumen

La Hermana Flordelina Icaza Grimaldo, Misionera Franciscana de María Inmaculada, comparte su experiencia de inserción con los indígenas Kuna en las islas de Narganá (Panamá). Desde los itinerarios que han marcado su experiencia como kuna y religiosa franciscana, su relato es un testimonio vivo y fascinante de la manera como Dios sale a su encuentro, en medio de aprendizajes y des-aprendizajes. “De las raíces del pasado brota el germen de la vida”.

A Irmã Flordelina Icaza Grimaldo, Missionária Franciscana de Maria Imaculada, comparte sua experiência de inserção com os indígenas Kuna nas ilhas de Narganá (Panamá). A partir dos itinerários que marcaram sua experiência como kuna e religiosa franciscana, seu relato é um testemunho vivo e fascinante da maneira como Deus sai ao seu encontro, em meio de aprendizagens e “desaprendizagens”. “Das raízes do passado brota o germen da vida”.

1. TESTIMONIO DE VIDA DESDE LA CULTURA KUNA

Soy una religiosa Kuna Franciscana de María Inmaculada. Nací y crecí en la Isla de Playón Chico-Panamá. Mi padre fue exalumno de las Hermanas Franciscanas. Quiso lo mejor para sus hijos y nos llevó a la ciudad para que continuáramos los estudios en el año 1975. Yo no conocí a las Hermanas Franciscanas de María Inmaculada, sino en Colón, donde estaba estudiando en la universidad y donde sentí el llamado de Dios para ser consagrada; el Padre Jesús Erice me contactó con la Hermana Laura Benavides, Franciscana, quien había estado varios años con los Kuna y amaba al pueblo Kuna.

En 1981, inicié mi formación para ser Franciscana y después que profesé mis primeros votos en 1985, fui enviada a uno de nuestros colegios a colaborar como maestra educadora en la fe, a la vez que terminaba mis estudios universitarios. Para mí fue fácil acomodarme, y todas mis representaciones simbólicas, mi cultura con sus tradiciones, quedaron formando parte de mi pasado. Asumí un nuevo estilo de vida en contacto con una cultura diferente; el ambiente cultural, no tenía nada que ver con mis raíces, pero me sentía muy bien. Era algo novedoso, fui viviendo y acomodándome a la cultura dominante y me era fácil la adaptación: estar en mi oficina, impartir clases, salir y manejar el carro; era fascinante, me agradaba y aprendí muchas cosas: el orden, la privacidad, el compartir en la mesa, un estilo

de vida distinto que enriqueció el crecimiento humano y mi modo de ver la vida.

Cuando casi terminaba mis estudios, se me dio la oportunidad de ir a vivir a Narganá-Panamá con el fin de fundamentar mi tesis de grado: “El papel de la mujer en la Iglesia de Ticantiquí”. Volver a mis raíces ancestrales después de 24 años, no me fue nada fácil. Fue un choque muy fuerte. La alimentación, el modo de comer de mi gente, la manera rudimentaria como vivían, hasta la lengua; había descansado en el olvido. Era terrible, veía que su estilo de vida no era ya para mí, sentía como si no fuera de ellos. Todo un año no fue suficiente para readaptarme, pero ahí estaba haciendo historia Dios conmigo, ya que me estaba preparando el futuro.

Regresé a la Ciudad de Panamá y continué colaborando en la educación de la fe, pero con una visión diferente; el año en Narganá sensibilizó mi relación hacia los pobres. En este lapso de tiempo falleció mi padre que tanto había influido en mi personalidad, aun más que mi madre.

En el año 2000, fui enviada a la misión de Kuna Yala, como se le llama ahora a San Blas desde que se ha enfatizado en el proceso de Inculturación. Acepté no de muy buena gana pero en actitud de disponibilidad como consagrada Francisca. Antes de viajar a Kuna Yala, ya me sentía en crisis, me sentía impotente ante la labor misionera que habían realizado mis antecesoras, que habían estado tantos años en este lugar identificadas con los indígenas.

Llegué a Narganá con unos criterios diferentes. Durante el año que estuve antes, pude percibir la manera como se realizaba la misión y había algunas cosas con las que no estaba de acuerdo. Por ejemplo, con el asistencialismo, veía como mi gente se movía por sus intereses, así como el debilitamiento en los valores propios de la cultura. Poco a poco continúe mi relación de inserción entre el pueblo y fui comprendiendo la situación de mi gente, y junto con mis hermanas de comunidad, fuimos dando continuidad a la labor pastoral que habían dejado las hermanas anteriores.

Todo el proceso se fue haciendo novedoso para ellos y el conocer el plan de trabajo, sirvió para ganar espacio en la aceptación con el pueblo.

Cada día fui viviendo la riqueza de nuestra cultura, amando su realidad, y continué viviendo a su lado, sumergida en sus alegrías, tristezas, angustias y esperanzas, pero ya desde mi experiencia de mujer consagrada por el Dios de la vida. Soy parte de ellos, pero transmitiendo de una manera peculiar la riqueza que me proporcionó nuestro Carisma Congregacional. Me siento de ellos pero soy diferente, soy Kuna, pero reflejo otro signo para ellos.

Me siento más cercana a ellos y los hago más cercanos a mi fraternidad, me siento como el puente entre mi pueblo y mis hermanas, ya por el idioma o por ser parte esencial de su cultura.

Participo activamente en los Congresos de la cultura en contacto con los sabios Sailas (Autoridad máxima del

pueblo Kuna) y ahí afianzo la vivencia del Evangelio desde los valores culturales que tienen similitud con los valores franciscanos. En los Congresos, además de verme como Kuna, me ven como religiosa, como la que puede hablar con autoridad de Dios, la que les puede dar consejo. Soy signo de fraternidad por vivir y tener a mis hermanas con las que comparto en el convento. Me sienten identificada con ellos. Para ellos no se me ha quitado nada el ser Kuna y mi identidad es la de ellos, como Kuna. Por eso creo que **“de las raíces del pasado brota el germen de la vida”**, ya que todo ha sido un proceso de enculturación y de inculturación.

2. VIDA RELIGIOSA INSERTA EN EL MUNDO INDÍGENA

Ahora, deseo compartir mi experiencia sobre la misión. ¿Cómo estoy trabajando entre mi gente? Basaré mi experiencia en lo que realizamos, aquí en la comunidad de Narganá.

Tengo más de cinco años prestando el servicio en esta misión, y como amo la misión y amo mi vocación, intentaré describir lo mejor de lo que conozco. Espero que esto sirva como reflexión para los que trabajan en la misión con otras culturas y de una manera especial en el mundo indígena.

Hace más de 75 años las Hermanas Franciscanas de María Inmaculada llegaron a Kuna Yala, una región habitada por los indígenas Kunas de Panamá.

Geográficamente es un archipiélago compuesto por más de 360 islas. Unas grandes y otras pequeñas, unas habita-

das y otras no, ubicadas en el océano atlántico.

En este lugar en que trabajamos no se presta el servicio en todos los pueblos, porque el trabajo a nivel pastoral se ha sectorizado. Nosotras trabajamos en el sector de Narganá.

Tradicionalmente los Kunas se han caracterizado por su organización. Cada comunidad es gobernada por un sahila (jefe del pueblo) el cual tiene el apoyo de diferentes comisiones de trabajo y ellos son los que se preocupan por conservar las tradiciones Kunas.

Hoy en día la modernización ha traído el debilitamiento de la cultura por muchas causas; como consecuencia nos ha resultado una merma de valores culturales kunas, como el respeto, la dignidad de la mujer, la fidelidad, el trabajo comunitario y la solidaridad.

Las primeras misioneras han colaborado fuertemente en la educación sistemática y oficial y en la catequesis con el fin de cristianizar y alfabetizar.

En la década de los setenta, cuando se cambia la forma de cómo acompañar a través de la evangelización al pueblo kuna, se dieron algunos pasos muy lentos para el acompañamiento.

Los misioneros se integraron más a la realidad del pueblo. Ante la opción insistente de la Iglesia en el trabajo con los más pobres entre los pobres, no queda más que buscar la forma de dar un servicio cada vez mejor a esta cultura. Además, creo que la vida entre los kunas es un beneficio para nosotras las

misioneras, llegamos a conocer la cultura, las tradiciones, las costumbres y sobre todo la profunda experiencia que tiene la cultura kuna.

Hemos visto que el kuna, permanentemente mantiene viva la fe, la creencia en Dios, y en todos los momentos de su vida.

Por otra parte, es un reto muy grande para nosotras hacer presente al Dios de Jesucristo sin atropellar su fe, su creencia, su manera de profesar.

Tenemos que saber acompañar en su proceso de recuperación, respetando y valorando su cultura. Pero por otra parte, la fe de este pueblo, el amor a su Dios que es el que mueve todo lo creado y se manifiesta en los diferentes acontecimientos y el respeto a la obra de la creación, viene a ser una evangelización práctica para nosotras.

Los kunas poseen el valor de la contemplación que vivió Francisco de Asís, y si nos dejamos evangelizar por el indígena, podemos crecer en la contemplación, la pobreza y en la minoridad.

Es necesario asumir el proceso de la Inculturación como la integración de la experiencia cristiana de una Iglesia local dentro de la cultura del pueblo. De tal manera que esta experiencia no sólo se exprese a sí misma en esa cultura, sino que se convierta en una fuerza que anima, orienta y renueva la cultura, creando una nueva unidad y comunión no sólo en la cultura en cuestión, sino como enriquecimiento de la Iglesia Universal.

Para acompañar es necesario tener en cuenta la cultura, pues de lo contrario haremos nuestra propia pastoral ante un pueblo que no entiende nuestro lenguaje ni nuestra simbología, o si llegara a entendernos, será a costa de la pérdida de su propia identidad, asumiendo nuestra imagen.

Vale la pena que en paz, sin pasiones, analicemos el valor de la teología kuna, para que descubriendo allí las semillas del verbo, procuremos hacer crecer el Reino desde su fe, sin anularla, como si fuera algo nocivo. Pues si conocemos los valores de la fe de esta cultura, nos va a resultar más fácil impregnar allí el Evangelio.

Sus pueblos tienen en la base de su vida una profunda experiencia religiosa. Una experiencia que marca muy fuerte la lucha por las grandes causas, como la tierra, la autodeterminación y su cultura. “El pueblo kuna tiene su religión propia y es la que profesan la mayoría de ellos. Está arraigada en una profunda experiencia de Baba y Nana (Dios Padre y Madre) que marca la vida entera, desde el diario acontecer, hasta la lucha por la madre tierra, la cultura y la autodeterminación”.

Nuestra misión nos trajo a los Kunas. El Dios o la semilla del Verbo está presente desde que se formó la cultura kuna. Es bonito acompañar a este pueblo que tiene mucha riqueza natural, historia y vida espiritual.

Nos queda dejarnos guiar por la fuerza del Espíritu Santo, con la meta siempre puesta en el servicio al necesitado y la

confianza en el Dios misericordioso que indicará los caminos.

La sencillez de vida de nosotras y la cercanía con el pueblo nos ha permitido conocer más de cerca la realidad del pueblo kuna, aunque él mismo lleva todo un proceso para recuperar algunos elementos que se han escapado de nuestras manos.

Considero que a nuestros hermanos kunas tenemos que ofrecer el Evangelio de Jesús, desde el testimonio de una vida y actitud humilde, comprensiva y profética, que valorando su palabra a través de un diálogo sincero, franco y fraterno, lleguemos a entendimientos mutuos.

Creer en el conocimiento crítico de su cultura, para valorarla a la luz del Evangelio, encontrando allí las semillas del Verbo e inculturando en ellas el Evangelio. Promover y cultivar entre los pueblos indígenas sus valores culturales autóctonos, mediante una activa Inculturación de nuestra parte.

